

Estraña cosa era de ver cómo casi todos se venian de la otra parte del mundo á declararse de costumbres en estando debaxo de la cuerda. Y luego á la postre ví otra maravilla, que siendo esta cuerda una linea invisible, casi debaxo de ella cabian infinitas multitudes; y que hay *debaxo de cuerda* en todos los sentidos, y potencias, y en todas partes, y en todos officios; y yo lo veo por mí, que ahora escribo este Discurso diciendo, que es para entretener, y por debaxo de cuerda doy un xabon muy bueno á los que dí alhagos muy sazonados. Con esto el Viejo me dixo: Forzoso es que descanses, que el choque de tantas admiraciones, y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginacion. Reposa un poco, para que lo que resta te enseñe, y no te atormente. Yo tal estaba, que dí conmigo en el sueño, y en el suelo, obediente, y cansado.

DE LA HISTORIA Y VIDA
DEL GRAN TACAÑO.

CAPITULO PRIMERO.

En que cuenta quién es, y de dónde.

Yo, Señor, soy de Segovia: mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo Pueblo (Dios le tenga en el Cielo). Fue el tal, como todos dicen, de oficio Barbero; aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corria le llamasen así, diciendo que él era Tundidor de mexillas, y Sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa; y segun él bebia, era cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo, y nieta de Lepido Ziuraconte.

Sospechábase en el Pueblo que no era Christiana vieja; aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendia de los del Triunvirato Romano. Tuvo muy buen parecer, y fue tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió todos los Copleros de España hacian cosas sobre ella. Padeció grandes trabajos recien casada, y aun despues, porque malas lenguas da-

ban en decir que mi padre metia el dos de bastos por sacar el as de oros. Probósele que á todos los que hacia la barba á navaja , mientras les daba con el agua , levantádoles la cara para el lavatorio , un mi hermano de siete años les sacaba (muy á su salvo) los tuétanos de las faltriqueras. Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la carcel. Sintiólo mucho mi padre por ser tal que robaba á todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso ; aunque (segun á mí me han dicho) después salió de la carcel con tanta honra , que le acompañaron doscientos cardenales , sino que á ninguno llamaban Señoría. Las Damas diz que salian por verle á las ventanas ; que siempre pareció bien mi padre á pie , y á caballo. No lo digo por vanagloria , que bien saben todos quán ageno soy de ella. Mi madre , pues , no tuvo calamidades. Un dia , alabándomela una vieja , que me crió , decia , que era tal su agrado , que hechizaba á todos quantos la trataban : solo diz que le dixo no sé qué de un cabron , lo qual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba doncellas , y resucitaba cabellos , encubriendo canas. Unos la llamaban Zurcidora , de gustos , otros Algebrista de voluntades desconcerta-

das , y por mal nombre Alcahueta , y Flux de los dineros de todos. Ver , pues , con la cara de risa que ella oia esto de todos , era para mas atraerles las voluntades. No me detendré en decir la penitencia áspera que hacia. Tenia su aposento donde sola ella entraba (y algunas veces yo , que como chiquito podia) todo rodeado de calaveras . que ella decia eran para recuerdos , y memorias de la muerte ; y otros por vituperarla decian , que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado ; y decíame á mí : Qué piensas ? con el recuerdo de esto aconsejo á los que bien quiero , que para que se libren de ellas vivan con la barba sobre el hombro ; de suerte , que ni aun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren. Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre á quién habia de imitar en el oficio ; mas yo , que siempre tuve pensamientos de Caballero desde chiquito , nunca me apliqué ni á uno , ni á otro. Decíame mi padre : Hijo , esto de ser ladron no es arte mecánica , sino liberal ; y de allí á un rato , habiendo suspirado , decia : De manos ; quien no hurta en el mundo , no vive , ¿ Por qué piensas que los alguaciles , y Alcaldes nos aborrecen tanto ? Unas veces nos destierran , otras nos azotan , y otras nos cucl-

gan , aunque nunca haya llegado el dia de nuestro Santo. No lo puedo decir sin lágrimas (lloraba como un niño el buen viejo , acordándose de las veces que le habian bataneado las costillas) : porque no querian que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos , y sus Ministros ; mas de todo nos libra la buena astucia. En mis mocedades siempre andaba por las Iglesias (y no cierto de puro buen Christiano). Muchas veces me hubieran llevado caballero en el asno , si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé , sino quando lo manda la Santa Madre Iglesia ; y así con esto , y mi oficio he sustentado á tu madre lo mas honradamente que he podido. ¿ Cómo me habeis sustentado ? dixo ella con gran cólera (que le pesaba que yo no me aplicase á bruxo). Yo os he sustentado á vos , y sacádoos de las cárceles con industria , y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades , era por vuestro ánimo , ó por las bebidas que os daba ? Gracias á mis botes ; y si no temiera que me habian de oir en la calle , yo dixera lo de quando entré por la chimenea , y os saqué por el texado. Mas dixera , segun se habia encolerizado , si con los golpes que daba no se le desensartára un rosario de muelas de difuntos , que tenia metidos en

paz. Yo les dixé que queria aprender virtud resueltamente , y ir con mis buenos pensamientos adelante ; y así , que me pusiesen á la Escuela , pues sin leer , ni escribir no se podia hacer nada. Parecióles bien lo que yo decia , aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas ; y mi padre fue á rapar á uno (así lo dixo él) no sé si la barba , ó la bolsa : yo me quedé solo , dando gracias á Dios que me hizo hijo de padres tan hábiles , y zelosos de mi bien.

CAPITULO II.

De como fui á la Escuela , y lo que en ella me sucedió.

A otro dia ya estaba comprada cartilla , y hablado al Maestro. Fui , señor , á la Escuela , recibíome muy alegre , diciendo , que tenia cara de hombre agudo , y de buen entendimiento. Yo con esto , por no desmentirle , dí muy bien la licion aquella mañana. Sentábame el Maestro junto á sí : ganaba la palmatoria los mas dias por venir antes , y íbame el postrero por hacer algunos recaudos de señora (que así llamábamos á la muger del Maestro). Teníalos á todos con

semejantes caricias obligados. Favoreciéronme demasiado , y con esto creció la envidia entre los demas niños. Llegábame de todos á los hijos de Caballeros , y particularmente á un hijo de Don Alonso Coronel de Zuñiga , con el qual juntaba meriendas. Ibane á su casa los dias de fiesta , y acompañábale cada dia. Los otros, ó porque no les hablaba , ó porque les parecia demasiado punto el mio , siempre andaban poniéndome nombres tocante al oficio de mis padres. Unos me llamaban Don Navaja : otros me llamaban Don Ventosa. Quál decia (por disculpar la envidia) que me queria mal , porque mi madre le habia chupado dos hermanitas pequeñas de noche. Otro decia que á mi padre le habian llevado á su casa para que la limpiase de ratones , por llamarle gato. Otros me decian zape , quando pasaba , y otros miz. Quál decia : Yo le tiré dos berengenas á su madre quando fue obispa. Al fin , con todo quanto andaban royéndome los zancajos , nunca me faltaron , gloria á Dios. Y aunque yo me corria , disimulábalo , y todo lo sufría , hasta que un dia un muchacho se atrevió á decirme á voces : Hijo de una puta , y hechicera ; lo qual como lo dixo tan claro (que aun si lo dixera turbio no me pesára) , agarré una piedra , y descalebréle.

Fuime á mi madre corriendo , que me escondiese , y contéla todo el caso ; á lo qual me dixo : Muy bien hiciste : bien muestras quien eres : solo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dixo. Quando yo oí esto (como siempre tuve altos pensamientos) volvíme á ella , y dixé : Ah madre ! pésame solo de que algunos de los que allí se hallaron me dixeron no tenia que ofenderme por ello ; y no les pregunté si era por la poca edad del que lo habia dicho. Roguéla que me declarase si pudiera haberle desmentido con verdad ; y que me dixese si me habia concebido á escote entre muchos , ó si era hijo de mi padre. Rióse , y dixo : Ah ! noramala ; ¿ eso sabes decir ? no serás bobo : gracias tienes : muy bien hiciste en quebrarle la cabeza ; que estas cosas , aunque sean verdad , no se han de decir. Yo con esto quedé como muerto , determinando de coger lo que pudiese en breves dias , y salirme de casa de mi padre : tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé , fue mi padre , curó al muchacho , apaciguólo , y volvióme á la Escuela , adonde el Maestro me recibió con ira , hasta que oyendo la causa de la riña , se le aplacó el enojo , considerando la razon que habia tenido. En todo esto siempre me visitaba el hijo de Don Alonso de Zuñiga , que se lla-

maba Don Diego, porque me queria bien naturalmente; que yo trocaba con él los peones, si eran mejores los míos. Dábale de lo que almorzaba, y no le pedía de lo que él comía: comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro, y entreteníale siempre. Así que los mas dias los padres del Caballero, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban á los míos que me dexasen con él á comer, cenar, y aun dormir los mas dias. Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo Escuela por Navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre, el qual tenia fama de consejero, que el Don Dieguito me dixo: Ola, llámale Poncio Pilatos, y dá á correr. Yo, por darle gusto á mi amigo, llaméle Poncio Pilatos. Corrióse tanto el hombre, que dió á correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme; de suerte, que fue forzoso meterme huyendo en casa del Maestro. Entró el hombre dando gritos tras mí: y defendiéndome el Maestro, asegurando que no me matase, prometiéndole de castigarme; y así luego, aunque la Señora le rogó por mí (movida de lo que la servía) no aprovechó, y mandándome desatacar, y azotándome, decia tras cada azote: ¿Diréis mas Poncio Pilatos? Yo res-

pondia: No señor; y respondió dos veces á otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo, que mandándome el dia siguiente decir, como solia, las oraciones á los otros, llegando al Credo (advierta V. md. la inocente malicia) al tiempo de decir: Padeció só el poder de Poncio Pilato, acordándome que no habia de decir mas Pilatos, dixé: Padeció só el poder de Poncio de Aguirre. Dióle al Maestro tanta risa de oír mi simplicidad, y de ver el miedo que le habia tenido, que me abrazó, y me dió una firma, en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fui muy contento. Llegó (por no enfadar) el tiempo de las Carnestolendas; y trazando el Maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese Rey de gallos. Echamos suertes entre doce, señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres, que me buscasen galas. Llegó el dia, y salí en un caballo ético, y mustio, el qual mas de manco, que de bien criado iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola: el pescuezo de camello, y mas largo: la cara no tenia sino un ojo, aunque obero. Echabansele de ver las penitencias, ayunos, y fullerias del que le te-

nia á cargo en el ganarle la racion. Yendo, pues, en él dando vueltas á un lado , y á otro , como Fariseo en paso , y los demas niños todos aderezados tras mí , pasamos por la Plaza (aun de acordarme tengo miedo) , y llegando cerca de las mesas de las berduleras (Dios nos libre) agarró mi caballo un repollo á una ; y ni fue visto , ni oido , quando lo despachó á las tripas , á las quales , como iba rodando por el gaznate , llegó en breve tiempo. La bercera (que siempre son desvergonzadas) empezó á dar voces. Llegáronse otras , y con ellas pícaros , y alzando zahanorias garrafales , nabos frisones , verengenas , y otras legumbres , empiezan á dar tras el pobre Rey. Yo viendo , que era batalla nabal , y que no se habia de hacer á caballo , quise apearme ; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara : que yendo á empinarse , cayó conmigo (hablando con perdon) en una privada : : púseme qual V. md. puede imaginar. Ya mis muchachos se habian armado de piedras , y daban tras las berduleras , y descalabraron dos. Yo á todo esto , despues que caí en la privada , era la persona mas necesaria de la riña. Vino la Justicia , prendió á berceras , y muchachos , mirando á todos qué armas tenian , y quitándoselas , porque habian sacado algunas dagas de las

que traían por gala , y otros espadas pequeñas. Llegó á mí ; y viendo que no tenia ningunas , porque me las habian quitado , y metíndolas en una casa á secar con la capa , y sombrero , pidióme , como digo , las armas , al qual respondí todo sucio , que si no eran ofensivas contra las narices , que yo no tenia otras. Y de paso quiero confesar á V. md. que quando me empezaron á tirar las berengenas , nabos , &c. como llevaba plumas en el sombrero , entendí que me habian tenido por mi madre , y que la tiraban , como habian hecho otras veces ; y así , como necio , y muchacho , empecé á decir : Hermanas , aunque llevo plumas , no soy Aldonza Saturno de Rebollo , mi madre ; como si ellas no lo echáran de ver por el talle , y rostro. El miedo me disculpa la ignorancia , y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al Alguacil , quiso llevarme á la carcel , y no me llevó , porque no hallaba por donde asirme : tal me habia puesto del lodo. Unos se fueron por una parte , y otros por otra , y yo me vine á mi casa desde la Plaza martyrizando quantas narices topaba en el camino. Entré en ella , conté á mis padres el suceso , y corriéronse tanto de verme de la manera que venia , que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa á las dos

leguas de rocín esprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos ; y viendo que no bastaba , salíme de su casa , y fuime á ver á mi amigo Don Diego , al qual hallé en la suya descalabrado , á sus padres resueltos por ello de no le enviar mas á la Escuela. Allí tuve nuevas de como mi rocín , viéndose en aprieto , se esforzó á tirar dos coces , y de puro flaco se le desgajaron las ancas , y quedó en el lodo , bien cerca de acabar. Viendome , pues , con una fiesta revuelta , un Pueblo escandalizado , los padres corridos , mi amigo descalabrado , y el caballo muerto , determiné de no volver mas á la Escuela , ni á casa de mis padres , sino de quedarme á servir á Don Diego , ó por mejor decir , en su compañía , y esto con gran gusto de sus padres , por el que daba mi amistad al niño. Escribí á mi casa , que ya no habia menester ir mas á la Escuela , porque aunque no sabia bien escribir , para mi intento de ser Caballero lo que se requeria era escribir mal ; y así desde luego renunciaba la Escuela , por no darles gasto , y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé dónde , y cómo quedaba , y que hasta que me diesen licencia no les veria.

CAPITULO III.

De como fui á un pupilage por criado de Don Diego Coronel.

Determinó , pues , Don Alonso de poner á su hijo en pupilage : lo uno por apartarle de su regalo ; y lo otro por ahorrarse de cuidado. Supo que habia en Segovia un Licenciado Cabra , que tenia por oficio criar hijos de Caballeros , y envió allá el suyo , y á mí para que le acompañase , y sirviese. Entramos primer Domingo despues de Quaresma en poder de la hambre viva , porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un Clérigo cervatana , largo solo en el talle , una cabeza pequeña , pelo bermejo. No hay mas que decir para quien sabe el refran , que dicé , ni gato , ni pero de aquella color. Los ojos avvicindados en el cogote , que parecia que miraba por cuébanos ; tan hundidos , y oscuros , que era buen sitio el suyo para tienda de Mercaderes : la nariz entre Roma , y Francia , porque se le habia comido de unas bubas de resfriado ; que aun no fueron de vicio , porque cuestan dinero : las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina , que de pura hambre pa-

recia que amenazaba á comérselas : los dientes le faltaban no sé cuántos ; y pienso que por holgazanes , y vagamundos se los habian desterrado : el gaxnate largo como avestrúz , con una nuez tan salida , que parecia se iba á buscar de comer forzada de la necesidad : los brazos secos : las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abaxo parecia tenedor , ó compas con dos piernas largas , y flacas : su andar muy de espacio : si se descomponia sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro : la habla ética : la barba grande , que nunca se la cortaba por no gastar ; y él decia , que era tanto el asco que le daba ver las manos del Barbero por su cara , que antes se dexaria matar que tal permitiese : cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de Sol ratonado con mil gateras , y guarniciones de grasa : era de cosa que fue paño , con fondos de caspa. La sotana , segun decian algunos , era milagrosa , porque no se sabia de qué color era. Unos , viéndola tan sin pelo , la tenian por de cuero de rana : otros decian que era illusion : desde cerca parecia negra , y desde lejos entre azul : llevábala sin ceñidor : no traía cuello , ni puños : parecia con los cabellos largos , la sotana mísera , y corta , lacayuelo de

la muerte. Cada zapato podia ser tumba de un Filisteo. Pues su aposento ? aun arañas no había en él : conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba : la cama tenia en el suelo , y dormia siempre de un lado por no gastar las sábanas : al fin era archipobre , y protomiseria. A poder , pues , de este vine , y en su poder estuve con Don Diego ; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento , y nos hizo una plática corta , que por no gastar tiempo no duró mas. Díxonos lo que habiamos de hacer : estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer : fuimos allá : comian los amos primero , y servíamos los criados. El refectorio era un aposento como un medio celemin : sustentábanse á una mesa hasta cinco Caballeros : yo miré lo primero por los gatos ; y como no los ví , pregunté cómo no los habia á un criado antiguo , el qual de flaco estaba ya con la marca del pupilage. Comenzó á enternecerse ; y dixo : Cómo gatos ? ¿Pues quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos , y penitencias ? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. Yo con esto me comencé á afligir ; y mas me asusté quando advertí que todos los que antes vivian en el pupilage estaban como lesnas , con unas caras que parecian se afey-

taban con diaquilon. Sentóse el Licenciado Cabra, y echó la bendicion : comieron una comida eterna, sin principio, ni fin : traxeron caldo en unas escudillas de madera tan claro, que en comer una de ellas peligraba Narciso mas que en la fuente : noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garvanzo huérfano, y solo que estaba en el suelo. Decia Cabra á cada sorbo : Cierito que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dixeren : todo lo demas es vicio, y gula. Acabando de decirlo, echóse su escudilla á pechos, diciendo : Todo esto es salud, y otro tanto ingenio. ¡Mal ingenio te acabe ! decia yo, quando ví un mozo, medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecia la habia quitado de sí mismo. Venia un nabo aventurero á vueltas, y dixo el Maestro : Nabos hay ? no hay para mí perdiz que se le iguale : coman, que me huelgo de verlos comer. Repartió á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas, y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dexando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decia : Coman, que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas. Mire V. md. qué buen aliño para los que bosteza-

ban de hambre. Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos, y unos huesos ; y dixo el Pupilero : Quede esto para los criados, que tambien han de comer : no lo queramos todo. ¡Mal te haga Dios, y lo que has comido, lacerado, decia yo, que tal amenaza has hecho á mis tripas ! Echó la bendicion, y dixo : Ea, demos lugar á los criados, y váyanse hasta las dos á hacer exercicio, no les haga mal lo que han comido. Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, y díxome que aprendiese modestia, y tres, ó quatro sentencias viejas, y fuese. Sentámonos nosotros ; y yo que ví el negocio mal parado, y que mis tripas pedian justicia, como mas cano, y mas fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos, y el un pellego. Comenzaron los otros á gruñir : entró Cabra al ruido, diciendo : Coman como hermanos, pues Dios les dá con qué : no riñan, que para todos hay. Volvióse al Sol, y dexónos solos. Certifico á V. md. que habia uno de ellos que se llamaba Surre, Vizcayno, tan olvidado ya de cómo, y por dónde se comia, que una cortecilla que le cupo, la llevó dos veces á los ojos, y de tres no la

acertaba á encaminar de las manos á la boca. Pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacian), y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado á la boca, quando, como si fuera lavatorio de comunión, me le quitó el mozo espiritado que dixé, Levantéme con gran dolor de mi ánima viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas, y no hacian la razon. Dióme gana de descomer (aunque no habia comido) digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias á un antiguo, y dixome: No lo sé: en esta casa no las hay: para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviereis, donde quíera podeis; que aquí estoy dos meses há, y no he hecho tal cosa, sino el dia que entré, como vos ahora, de lo que cené en mi casa la noche antes. ¿Cómo encareceré yo mi tristeza, y pena? Fue tanta, que considerando lo poco que habia de entrar en mi cuerpo, no osé (aunque tenia gana) echar nada de él. Entretuvímonos hasta la noche. Decíame Don Diego, que qué haria él para persuadir á las tripas que habian comido, porque no lo querian creer. Andaban vaguidos en aquella casa, como en otra ahítos. Llegó la hora de cenar; pasóse la merienda en blanco; cenamos mucho menos, y no carnero, sino un

poco del nombre del Maestro: Cabra asada. Mire Vm. si inventára el diablo tal cosa. Decia: Es muy saludable, y provechoso el cenar poco para tener el estómago desocupado; y citaba una retahila de Médicos infernales. Decia alabanzas de la dieta, y que ahorra un hombre de sueños pesados; sabiendo que en su casa no se podia soñar otra cosa, sino que comian. Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno. Fuímonos á acostar, y en toda la noche yo, ni Don Diego pudimos dormir; él trazando de quejarse á su padre, y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese; y ultimamente le dixé: Señor, ¿sabeis de cierto si estamos vivos? porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron, y que somos Animas que estamos en el Purgatorio; y así es por de mas decir que nos saque vuestro padre, si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones, y nos saca de penas con alguna Misa en Altar privilegiado. Entre estas pláticas, y un poco que dormimos, sé llegó la hora de levantar: dieron las seis, y llamó Cabra á lección: fuimos, y oímosla todos. Ya mis espaldas, y hijadas nadaban en el jubon, y las piernas daban lugar á otras siete calzas: los dientes sacaba con tobas amarillos (vestidos de deses-

peracion). Mandáronme leer el primer nominativo á los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de dos razones, comiéndomelas; y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo, que él ha visto meter en casa, recién venido, dos frisonos, y que á dos dias salieron caballos ligeros que volaban por los ayres; y que vió meter mastines pesados, y á tres horas salir galgos corredores; y que una Quaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos, y otros todo el cuerpo en el portal de su casa (esto por muy gran rato) y mucha gente venia á solo aquello de fuera; y preguntando un dia qué sería? porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió, que los unos tenían sarna, y los otros sabañones, y que en metiéndolos en aquella casa, morian de hambre: de manera, que no comian de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo créo: dígolo, porque no parezca encarecimiento lo que dixere. Y volviendo á la leccion, dióla, y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado: solo añadió á la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dixeran un dia de hidalguía allá fuera; y así tenia una caja de hierro, toda

agujerada como salvadera: abríala, y metia un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala á cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algun zumo por los agujeros, y quedase para otro dia el tocino. Parecióle despues que en esto se gastaba mucho, y dió en asomar el tocino en la olla. Pasabámoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego, y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes le buscamos para no levantarnos de mañana; y así trazábamos de decir que teníamos algun mal; pero no diximos calentura, porque no la teniendo, era facil de conocer el enredo: dolor de cabeza, ó muelas era poco estorvo: diximos al fin, que nos dolian las tripas, y estabamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres dias, fiados en que á trueque de no gastar dos quartos no buscaria remedio. Ordenólo el diablo de otra suerte, porque tenia una receta, que habia heredado de su padre, que fue Boticario. Supo el mal, y aderezó una melecina; y llamando una vieja de setenta años, tia suya, que le servia de enfermera, dixo que nos echase sendas gaytas. Empezaron por Don Diego: el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro,

disparóla por entre la camisa , y espinazo , y dióle con ella en el cogote , y vino á servir por defuera guarnicion la que dentro habia de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos : vino Cabra, y viéndolo, dixo que me echasen á mi la otra, que luego tornaria á Don Diego. Yo me vestía ; pero valióme poco , porque teniéndome Cabra , y otros , me la echó la vieja , á la qual de retorno dí con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo , y dixo que él me echaria de su casa ; que bien se echaba de ver que era todo bellaqueria : mas no lo quiso mi ventura. Quexámonos á Don Alonso , y el Cabra le hacia creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valian plegarias. Metió en casa la vieja por ama , para que guisase, y sirviese á los Pupilos , y despidió al criado , porque le halló el Viernes de mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasamos con la vieja Dios lo sabe : era tan sorda , que no oía nada : entendia por señas : ciega , y tan gran rezadera , que un día se le desensartó el Rosario sobre la olla , y nos la traxo con el caldo mas devoto que jamas comí. Unos decian : ¿Garvanzos negros? sin duda son de Etiopia. Otros decian : ¿Garvanzos con luto? ¿quién se les habrá muerto? Mi amo fue el que se encajó una

cuenta , y al mascarla se quebró un diente. Los Viernes nos solia enviar unos huevos á fuerza de pelos , y canas suyas , que podian pretender Corregimiento , ó Abogacia. Pues meter baidil por cucharon , enviar una escudilla de caldo empedrada , era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas , palos , y estopa de la que hablaba , en la olla , y todo lo metia , para que hiciese presencia en las tripas , y abultase. Pasamos este trabajo hasta la Quaresma que vino ; y á la entrada de ella estuvo malo un compañero. Cabra , por no gastar , detuvo el llamar el Médico , hasta que ya él pedia confesion mas que otra cosa. Llamó entonces un Platicante , el qual le tomó el pulso , y dixo que el hambre le habia ganado por la mano en matar á aquel hombre. Diéronle el Sacramento ; y el pobre quando lo vió (que habia un dia que no hablaba) dixo : Señor mio Jesu-Christo , necesario ha sido el veros entrar en esta casa , para persuadirme que no es el infierno. Imprimiéronseme estas razones en el corazon : murió el pobre mozo , enterrámosle muy pobremente , por ser forastero , y quedamos todos asombrados. Divulgose por el Pueblo el caso atroz : llegó á oídos de Don Alonso Coronel ; y como no tenia otro hijo , desengañosé de las

crueldades de Cabra, y comenzó á dar mas crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vi-no á sacarnos del pupilage, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar mas, trató muy mal de palabras al Licenciado Vigilia. Mandónos llevar en dos sillas á casa: despedímonos de los compañeros, que nos seguian con los deseos, y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel, viendo venir rescatados sus compañeros.

CAPITULO IV.

De la convalecencia, é ida á estudiar á Alcalá de Henares.

Entramos en casa de Don Alonso, y echaronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos del hambre. Traxeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara; y á mí, como habia sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado), en buen rato no me los hallaron. Traxeron Médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorros

el polvo de las bocas como Retablos; y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias, y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almendradora, y á la primera ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacía novedad. Mandaron los Doctores que por nueve dias no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de qualquier palabra. Con estas, y otras prevenciones comenzaron á volver, y cobrar algun aliento; pero nunca podian las quijadas desdoblarse, que estaban negras, y alforzadas; y así se dió orden que cada dia nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantámonos á hacer pinicos dentro de quatro dias, y aun parecíamos sombras de otros hombres; y en lo amarillo, y flaco, simiente de los Padres del Yermo. Todo el dia gastábamos en dar gracias á Dios por habernos rescatado de la cautividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningun Christiano cayese en sus crueles manos. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal Pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel dia. Solíamos contar á Don Alonso como al sentarse á la mesa nos decia males de la gula (no habiénd-